

*Torquemada* cree que los *Mexicanos* no comenzaron á sacrificar hombres, sino despues de muchos años de estar en la tierra de los *Aculhuas* y *Chichimecas*; el primer sacrificio de esta especie que practicaron fué «junto á *Culhuacan*, dos leguas de México, á la parte del Medio dia, donde sacrificaron cuatro cautivos *Xuchimilcas* que prendieron yendo en convenio de los *culhuas* contra los dichos *Xuchimilcas*.» (1)

No solo sacrificaban hombres, sino niños tambien en los montes especialmente, y en la laguna, al dios *Tlaloc*, para que no faltara el agua á las siembras (2), de cuyos sacrificios hablan tambien Fr. Andrés de Olmos, Fr. Toribio Montolinia, Fr. Bernardino de Sahagun, Fr. Gerónimo Mendieta, y Fr. Bartolome de Las casas.

En el libro 7, capítulo 19, describe *Torquemada* como se hacia el *sacrificio de hombres*, Ministros que intervenian, trage que usaban al efecto, y la manera de *ofrecer el corazon* de las víctimas, y como se solemnizaba.

Al hablar de esto ocurre al momento hacer mencion de la costumbre que tenian los *Tártaros* de inmolar y ofrecer, como los indios, los corazones de las víctimas á los ídolos.

(1) *Torquemada Mon. iud.* tom. 2, lib. 7, cap. 29.

(2) *Idem, idem*, cap. 21.

En el Perú, al tomar el Inca posesion del trono, dándosele la *borla*, que era la insignia de rey, se sacrificaban doscientos niños de cuatro á diez años de edad (1), y al morir se hacia otro sacrificio de mil niños, (2) á que se daba el nombre *Capac cacha*, que quiere decir *sacrificio solemne*. (3)

Fuera de estos casos, no se vé en el *Perú* generalizado el uso de *sacrificios humanos*; sin embargo «el sacrificio al *Sol*, á *Pachamac*, y á *Viracocha*, segun *Calancha*, lo hacian cada mes del año *fiesta*, ofreciendo plata, oro, carneros, cuyes, *chicha*, coca, y niños *inocentes*.» (4)

§ 5

Sin pruebas, ni datos ciertos, y apoyándose solo en puras conjeturas y deducciones; no puede afir-

(1) *Garcilazo de la Vega coment. real.* tom. 1, lib. 1, cap. 23, y lib. 6, cap. 28.

—*Calancha, crónica de S. Agustin del Perú* lib. 2, cap. 12, núm. 4. pág. 376.

(2) *Betanzos Hist. Ing.*

—*Torquemada Mon. Ind.* tom. 2, lib. 7, cap. 15, y lib. 9, cap. 17.

—*Garcilazo de la Vega coment. real.* tom. 1, lib. 6, cap. 5, y lib. 9, cap. 14, y lib. 1, cap. 16.

(3) *García orig. de los Ind.* lib. 3, cap. 3 § 4, pág. 98.

(4) *Crónica de S. Agustin del Perú* lib. 2, cap. 7, pág. 374.

marse que los habitantes del Palenque tuvieran tan abominable práctica. Ni un solo vestigio se ha encontrado allí que induzca á creer lo contrario; más bien parece una nacion de costumbres suaves, de inclinaciones morigeradas, como lo dan á entender sus bajos relieves, el trage de sus figuras, el aire de su fisonomía sin rasgos de crueldad, y por último las figuras de hombres y mugeres que se encuentran en el Templo de las lajas, llevando consigo una criatura en los brazos, y un ramo en la mano, que seguramente seria una ceremonia religiosa, al presentarlos en el templo é implorar la proteccion del Dios á quien adoraban. Aunque en el bajo relieve de la *cruz*, uno de los personajes parece que tiene un niño como en el acto de ofrecerlo á alguna divinidad, nada hay en el resto del cuadro, ni en parte alguna, que escite la idea del sacrificio. Si pues lo hubieran practicado, algo se encontraria en las ruinas por donde pudiera colegirse, como se encontró en las pinturas de los mexicanos y en los templos donde se ejecutaban los sacrificios, sirviendo de adorno al principal de ellos, dedicado al Dios de la Guerra, los cráneos de las víctimas, y la sangre con que estaban salpicadas las paredes.

A la dedicacion de este templo, verificada en 1486, acudieron gentes aun de países muy remotos, cuyo número hacen subir algunos autores á seis millones. Las víctimas sacrificadas con que se

celebró esa festividad, segun *Yxtlixochitl* (1) fueron ochenta mil. Torquemada reduce el número á sesenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro, y otros autores citados por Clavijero á sesenta y cuatro mil sesenta. Los codices Vaticano y Telleriano solo lo hacen subir, el uno á veinte mil, y el otro á diez y nueve mil seiscientos.

Entre los otomites, aun más bárbaros y crueles que los mexicanos, entre los zapotecas, que tan abundantemente derramaban la sangre de hombres, mugeres y niños, para aplacar á sus dioses, tenerlos propicios é implorar su proteccion, y entre los cuatitlaneses, que todavía más desapiadada é inhumanamente quitaban la vida á las víctimas, los sacrificios eran horribles, adornándose sus sacerdotes con los sangrientos despojos de ellas. De todos estos hablan los autores, fundados en monumentos ó tradiciones fielmente conservadas, pero ni una sola palabra dicen, ni podian decir de los palencanos, porque su existencia les fué enteramente desconocida, y su memoria yacia oscurecida con el trascurso del tiempo. Tampoco se ocuparon en recojer los pocos datos, que tal vez se conservarían entre los pueblos que habitaban cerca de aquellos lugares desiertos, porque la opulencia de la corte de Moctezuma, que entónces estaba en su mayor auge y esplendor, así como las demás poblaciones notables, fijaron toda su atencion.

(1) Historia chichimeca cap. 60.

El hallazgo de un nuevo mundo, cubierto de gentes, rico en producciones de todo género, eran objetos demasiado grandes, que bastaban por sí solos, para embargarla completamente, sin que pudieran dedicarse á otra clase de investigaciones, las cuales, natural es que tuvieran lugar, despues de explotar la riquísima mina que á sus ojos se presentaba, y pasadas la sorpresa y admiracion que todo les causaba.

§ 6.

Hay, sin embargo, un dato histórico, del cual pudieran deducirse algunas conjeturas en contra de lo que acaba de exponerse respecto de los palencanos, y es la especie de sacrificio practicado, segun Cogoyudo (1) y Villagutierre (2), por los de Yucatan, y los Ytzaeses descendientes de aquellos, semejante al que se hacia al idolo de *Moloc* que consistia en encerrar la victima destinada al sacrificio en un instrumento de bronce, ó metal, de hechura de un hombre, hueco, abierto por la espalda, y con los brazos estendidos, dándole fuego, á fin de que en médio de horribles tormentos fuera abrazada y consumida, bailando á la sason con gran ruido de

(1) Cogolludo. Historia de Yucatan lib. 9, cap. 14.

(2) Villagutierre. Historia de la conquista de la Provincia del Itza. lib. 8, cap. 11.

instrumentos y algazara para impedir que se oyesen los gritos ó lamentos de la victima. «Al modo así, dice *Villagutierre*, estos bárbaros Itzaex tenían un idolo á quien llamaban *Hobò*, delante del cual cuando sacrificaban algun indio ó india, ú otro racional, bailaban con tal estruendo, y ruido de tunenles, tortugones, flautas, cañuelas, y voces de cantores que para aquellas funciones tenían señalados, que no era posible oír al que en el hueco metal se ardia; y para que lo sintieran ménos los padres y parientes los hacian entrar con los demás en el baile.»

Landa habla tambien del sacrificio de animales que hacian los *mayas* en sus fiestas, como así mismo de personas en caso de necesidad y tribulacion, para lo cual se compraban esclavos, ó daban algunos sus propios hijos por devocion, á fin de que fuesen sacrificados, y esto se hacia con gran fiesta y ceremonia, matándolos á flechazos, y sacándoles despues el corazon. (1)

§ 7.

No están de acuerdo los historiadores sobre el número de víctimas, que se inmolaban en las fiestas religiosas entre los mexicanos, ni es fácil cal-

(1) Landa. Relacion de las cosas de Yucatan. § 28, pág. 164.

cularlo, porque en este número se comprendían los prisioneros de guerra, que variaba muchísimo. Sin embargo, en el primer mes del año, que correspondía al de Febrero nuestro, sacrificaban en las cumbres de los montes gran cantidad de niños, en honra de los dioses *Tlaloques*, y de *Quetzalcoatl* dios de los vientos, y mataban también varios cautivos, acuchillándolos antes en el *Combate gladiatorio*. (1) El número de víctimas sacrificadas no bajaba cada año de 20.000, y algunos lo hacen subir á 50.000. (2) Los sacrificios humanos comenzaron doscientos años antes de la llegada de los españoles. (3) Gondra fija el año de 1317 en el que se practicó el primero con motivo de la guerra contra los xochimilcas. (4)

La piedra de que se servían los mexicanos para los sacrificios era, según Torquemada, (5) de una vara de largo, media vara de ancho, y una tercia de grueso, colocada en lo alto del templo. Refiere el P. Acosta la figura, tamaño y color de la que estaba en el templo mayor de México delante de las capillas de *Huitzilopochtli* y *Tlaloc* de la ma-

- (1) Sahagun. Historia general de las cosas de Nueva España. tom. 1, lib. 2, cap. 1.
- (2) Prescott. Historia de la conquista de México tom. 1, lib. 1, cap. 3, pág. 54.
- (3) Idem, idem, idem, pág. 51.
- (4) Gondra. Explicación de las láminas de la hist. de México, pág. 80.
- (5) Mon. ind. tom. 2, lib. 7, cap. 19.

nera siguiente:» Delante de sus aposentos había un patio de cuarenta piés en cuadro, en medio del cual había una piedra de hechura de pirámide y puntiaguda, de altura de cinco palmos, y estaba puesta para los sacrificios de hombres que allí se hacían, porque echado un hombre de espaldas en ella, le hacían doblar el cuerpo y así le sacaban el corazón.» (1) Herrera la describe en los mismos términos. (2) El Dr. Hernandez dice que era convexa y la nombraban *techcatl*. (3) El acto se verificaba, según Leon y Gama, por seis ministros, dos de ellos afianzaban los piés de la víctima, otros dos las manos, el quinto el cuello, y el sexto, que era el sumo sacerdote, le abría el pecho con violencia, y le sacaba el corazón. (4) La piedra del sacrificio gladiatorio era de figura circular, como lo indica el nombre de *temalacatl* que se le daba, y la descripción que de ella hace el Dr. Hernandez. (5) Clavijero (6) y Torquemada. (7) El último de estos autores dice que tenía más de una vara de alto, que era lisa y llana por la parte y superficie

- (1) Hist. nat. y mor. de los indios tom. 2, lib. 5, cap. 13.
- (2) Hist. de las ind. occid. Dec. 3, lib. 2, cap. 15.
- (3) Hist. nat. lib. 8, cap. 22.
- (4) Descrip. hist. y cron. de las dos piedras §7, núm. 121, pág. 46.
- (5) Hist. nat. lib. 8, cap. 22, pág. 145.
- (6) Historia antigua de México tom. 2, lib. 6, pág. 48.
- (7) Mon. Ind. lib. 8, cap. 15, pág. 154.

superior, pero muy labrada, y entallada de mucho follage por toda la redonda.

§ 8.

En las naciones antiguas el número de sacrificios era harto considerable. Los griegos tenían la costumbre de degollar á los prisioneros hechos en la guerra. Los pelasgos sacrificaban la décima parte de sus hijos. (1) Augusto, el año 713 de Roma, despues de haber obligado á Antonio á que se fuese á Perusa, mandó que en el altar de Julio César se sacrificasen cuatrocientos senadores ó caballeros partidarios del triunviro: Suetonio reduce este número á trescientos. (2) En Egipto solo en Heliopolis se sacrificaban anualmente más de mil víctimas humanas, segun Manethon. Hay sin embargo, incertidumbre en los historiadores al tratar este punto, pues aunque era fijo el número de los que se inmolaban á algunos dioses, á quienes se tributaba este culto, y de los que en ciertas festividades era preciso que pereziesen para su solemnidad, no estaban sujetos á número determinado los prisioneros que se sacrificaban despues de una victoria, ni los que se hacian perecer cuando moria

(1) Dionisio de Halicarnaso, 58, 14.

(2) Suetonio. Aug. 15.

—Sèneca, De clem. 12.

algun gran personaje. Aquiles hizo rociar con la sangre de doce jóvenes troyanos la hoguera que debía consumir el cuerpo de Patroclo. Eneas mandó cautivos á Evandro, para que fuesen sacrificados á los manes de Pallas. Polixemo fué sacrificado sobre el sepulcro de Aquiles. Si entre los griegos se acostumbraba degollar á los prisioneros, los scitas, despues de una victoria, apagaban su sed en los cráneos sangrientos de sus enemigos. Los druidas ofrecian á su Dios Teutates los cuerpos de los cautivos vencidos en la guerra. (1) Cuando murió Huaynacapac en el Perú se sacrificaron mil víctimas; cuando los restos mortales del gran Khan Manga fueron trasladados al monte Altai, se inmolaron más de diez mil individuos. (2)

(1) Mr. Lenoir, Parallele des monuments etc.

(2) Marco Polo, lib. 1, cap. 44.